

La huerta. Subsistencia etimológica y semántica

Ángel Luis Riquelme Manzanera

Resumen: Es pretensión de este artículo, crear un estudio de paralelismo entre las artes, costumbres y tradiciones de dos territorios, los de la Vieja Mesopotamia y sus herederos los de la Huerta de Murcia. Por otra parte se intenta relacionar la evolución de la agricultura, sujeta a la capacidad de subsistencia, con los aspectos técnicos que el agricultor necesitó incorporar desde una perspectiva de la semántica y etimología de la palabra, como finalidad para comunicarse y entenderse en la nueva forma de vida adoptada, donde el sonido y la fonética, jugaron el principal papel denominador de la materia que deberían dominar: el argot correcto en el amplio campo de la agricultura.

Abstract: This article aspire to create a study of parallelism between the arts, customs and traditions of two territories, the Old Mesopotamia and the irrigated crop-growing region of Murcia. On the other hand, it is tried to connect the subsistence agriculture's evolution, with the technicals aspects that the farmer needed to incorporate, since the perspective of he semantic and etymology of the noun, like the purpose to be able to communicate and understand themselves in the new form of life that they have adopted. Period where the sound and the phonetic played the main role of the matter that they had to dominate: the right argot in he broadest sense of the agriculture.

No se puede entender la Huerta de Murcia, sin conocer el inicio de la agricultura histórica de Mesopotamia, cuna de las primeras civilizaciones de subsistencia, antecedente original de quienes posteriormente serían, sangre de nuestra sangre, asumiendo heredad de aquellos antiguos antepasados.

Sumerios; Acadios; Semitas y Babilonios, habitaron la tierra, junto al Desierto de Arabia, durante un período fijado cinco milenios antes del nacimiento de Cristo, aunque sus vestigios se remontan a la prehistoria, allá por el X milenio anterior al Calendario Gregoriano.

Territorio ubicado en el Antiguo Oriente Próximo, entre los *Ríos Tigris y Eufrates* (actual Irak), contuvo el más prestigioso arte y arquitectura primitivo, pero a su vez, desarrolló hasta el S. VI a. de C., los sistemas de cultivo y agricultura, más avanzados y progresistas de la historia conocida, cuya influencia sobre los pueblos *fenicio, griego, romano y árabe*, es prueba evidente, demostrada en el proceso de aculturación, de estos, en el ámbito de las formas de provisión y producción de víveres procedentes de la agricultura, previa aplicación de los sistemas de regadíos.

Apuntaría el milenio X a. de C., cuando aceptamos se producirían los primeros cultivos en el Creciente Fértil, con el Período de Transición; siendo en el milenio octavo el auge del Neolítico, con la domesticación de animales y cultivo de trigo y cebada; y entre el sexto y cuarto milenio se acrecienta la innovación de la agricultura, con la invención de la alfarería y cerámica pintada y la expansión de la cultura agrícola por medio del regadío.

En el período Protodinástico, SS. XXX al XXIV a. de C., fueron los sumerios, quienes poblaron con supremacía la zona, canalizando e iniciando la hidráulica.

Más tarde, entre los SS. XXIV al XXII a. de C., los acadios semitas, se asentaron en estos territorios imponiendo su fuerza.

El período *neosumerio*, de los SS. XXII al XX, a de C., consigue establecer las fronteras de propiedad, con la recepción de distintos pueblos, como el *semita, paleobabilónico*, y, las dinastías *Casita y Elamita*, esta última procedente del Oeste de Irán, que destruiría a la anterior que gobernarían del S. XX al XVII a. de C., y estos dando paso al Imperio Asirio, que regiría del S. XIV al X a. de C., influyendo decisivamente en la constitución de los pueblos *fenicio, israelita y palestino*.

Finalmente, los *babilonios*, dominarían con el esplendor de Alejandro Magno, el conquistador del Imperio Persa, hasta el año 250 aproximadamente a. de C.

En este sentido, para que podamos analizar la semejanza con nuestros ancestros, nada mejor que introducimos en este mundo antiguo, donde podemos observar la conservación de costumbres, todavía vigentes en nuestra huerta de Murcia, coincidentes con aquellas primitivas civilizaciones de Mesopotamia.

Ya en el milenio quinto a. de C., usaron **el barro** de su suelo para fabricar el ladrillo de adobe, pieza fundamental en la construcción del edificio del pueblo mesopotámico, mezcla de arcilla, cuarzo y otros minerales, que todos conocemos, y, que hasta hace poco, se empleaba para las paredes de la Barraca de la Huerta.

Pero también cocieron **la arcilla** para obtener la terracota, que no es otra materia que tierra de la que emplean nuestros alfareros, para realizar vasijas que posteriormente son expuestas al horno para conseguir la dureza y solidez necesaria que permita su permanencia en el tiempo; aunque en la arqueología, tenga connotaciones

más específicas para determinar catalogaciones de figuras o cerámicas extraídas de yacimientos, que se excavan para su estudio.

Para distintos usos, emplearon el basalto, arenisca y alabastro. **El basalto**, por su interés concreto, para adoquines, losetas, planchas de piedra para inscripciones en lápidas mortuorias y cerámica de gres vitrificada. Con **la arenisca**, se crearon piedras de afilar metales y de moler cereales. Y con el **alabastro**, se esculpieron esculturas y múltiples objetos de consumada habilidad artística.

En evolución constante, trabajaron el bronce, el cobre, el oro y la plata; así como nácar y piedras preciosas, todo ello, como muestra de poder y hegemonía dominante.

FENICIA

Pero fueron los fenicios, ocupantes de una estrecha franja en la costa Este del Mare Nostrum (actualmente parte del Líbano), sidonios según el Antiguo Testamento, y que el poeta griego **Homero** denominó «phoinikes», hijos de las stirpes mencionadas, cananeos de la antigua Palestina; sumerios y acadios de Babilonia y de lengua semítica, quienes al escasear en su territorio, metales y piedras preciosas, abriendo fronteras por el mar, alcanzaron, además de la India, en su periplo por el Mar Rojo, nuestras costas, que como cuenta el historiador **Herodoto**: «...*los navegantes fenicios colonizaron, nunca para conquistar, aunque sí para industrializar*», se ocuparon de extraerlas en minas de **Mastia (Cartagena)**, **Lucentum y Guardamar (Alicante)**, **Malaka (Málaga)** y **Gades (Cádiz)**, además de otros puntos mediterráneos de sobra conocidos.

Pues bien, siete mil años después del inicio de la cultura mesopotámica, y dos milenios y medio a. de C., con los fenicios, hoy día, todavía mantenemos socialmente el uso del barro, arcilla, basalto, arenisca y alabastro, para múltiples actividades urbanísticas, artísticas y sociales; además de piedras y metales preciosos, con destino a análogas funciones comerciales e industriales.

Restos de cultura fenicia, helena, romana y árabe, se encuentra depositada a lo largo y ancho del Río Segura, puesto que los cauces fluviales eran empleados como camino obligado para introducirse al interior del territorio, primero para su exploración, y más tarde, encontrada la mina o filón, proceder al asentamiento para su explotación.

Pero donde verdaderamente dejaron su huella, fue en el aprovechamiento intensivo de pequeños núcleos de agricultura en la costa mediterránea de la Península; que los griegos continuaron; romanos mejoraron, y árabes desarrollaron ante las magníficas cualidades encontradas de agua, climatología y tierra fértil.

HISTORIA DE LA AGRICULTURA DE HUERTA

Entendamos la huerta, como sistema organizado mediante el uso inteligente del agua canalizada para regar los cultivos de producción agrícola. Quizá la introducción de este proceso, haya que constituirlo a unos diez mil años atrás de nuestra era; pero durante este tiempo, la evolución, ha descubierto el valor alimentario de las plantas, y veremos que todas son generación de la dieta de esta tierra, y a la que por sus beneficiosas características endocrinas, se le ha denominado «dieta mediterránea». Las más importantes, desde el punto de vista nutricional, sin lugar a dudas son, legumbres y cereales: garbanzo; lenteja; judía; trigo; arroz, más tarde con la incorporación del maíz y centeno; los frutos secos; y como productos estrella, el aceite y el vino. Les acompañan la fruta y la verdura, convertidas en la más satisfactoria y saludable fuente de alimentación moderna para el ser humano. Y finalmente las gramíneas y ensilado, han sido el mayor aporte para el descubrimiento de poderes medicinales de las plantas, utilizadas en la composición adicional del vademécum de los laboratorios farmacéuticos.

Pero si la huerta es vínculo descendiente de Mesopotamia, el propio territorio es génesis de los cuatro grandes períodos de desigual duración, que confieren la división evolutiva de la agricultura, y que ha quedado adscrita a las épocas: **Prehistórica**; **Histórica** (incluido el período romano); **Feudal** y **Científica**.

En este aspecto, una síntesis de sus momentos más interesantes, nos pondrán en antecedentes de conocer el alcance semántico y etimológico, de palabras que han llegado hasta nuestros días en materia de agricultura.

HUERTA PREHISTÓRICA

En época Prehistórica, las fechas de las que datan las plantas productivas, varían según las regiones, pero la mayoría son anteriores al sexto milenio a.C., siendo las más antiguas las que podrían remontarse al undécimo milenio, encuadrándose en la forma de vida de unos primeros agricultores pertenecientes en su mayor parte a la cultura del neolítico. Los emplazamientos que ocuparon vienen a coincidir con la zona de Oriente Próximo, justo en el marco de Mesopotamia, donde aplicándose por los biólogos el carbono 14, sobre restos de hierbas y animales, las pruebas resultaron concluir con el cultivo en el octavo milenio a.C., de trigo, cebada; también la calabaza, que además de aporte alimenticio, se utilizaba como vasija, alrededor del milenio noveno a.C. Las leguminosas y el lino descubiertas en cultivos de Tesalia (Norte de Grecia) y Macedonia (Exyugoslavia–Macedónica), se remontaban al milenio sexto a. de C. Entendido el principio probable del agricultor, empieza cuando decide establecerse junto a los ríos, instalando alojamientos sencillos en cuevas pequeñas, para después pasar a construir chozas de adobe secado al sol o de carrizo y madera. Esta forma de vida fomentó el agrupamiento de aldeas, donde

llevar a cabo explotaciones aisladas, rodeadas de campo y regadas con el agua del abastecimiento próximo. Pero también aprendieron a discernir las plantas salvajes comestibles de las inútiles o peligrosas, y en cualquier caso, a conservar las semillas para replantarlas en su época, en terrenos previamente acondicionados. Siglos de sacrificio en el oficio, estimuló el ingenio del agricultor, que inventó las primeras herramientas agrícolas, que eran de madera y piedra. Tenemos constancia que en el milenio cuarto a. de C., se utilizaron la «*azada*» de piedra; la «*hoz*» de madera, sujeta a una pala de piedra afilada para recolectar el grano; la «*pértiga*» empleada para agujerear el suelo y plantar semillas, y con posterioridad adaptaciones, como la «*pala*» y el «*azadón*». Mientras tanto, atendiendo la demanda y proporción del terreno a cultivar, aparecía el «*arado*» rudimentario, elaborado con una fuerte rama de árbol, curvada y punta perpendicular para hundirla en el suelo y levantar la tierra, que, primero, con la mano del hombre y más tarde modificada y adaptada para el arrastre de animales de tiro, junto a los anteriores, suponían el conjunto de elementos esenciales para la siembra.

HUERTA HISTÓRICA

Con el período Histórico de la Agricultura, y la práctica agrícola primitiva, se inicia la fase de las primeras civilizaciones agrícolas e Imperio Romano.

Terminado este Neolítico, que ofreció la experiencia de milenios de trabajo, se introducen los metales, que previo estudio y análisis del comportamiento de la herramienta, permite la innovación más completa en el campo de la tecnología del cultivo. Hemos llegado a conocer por medio de la información escrita y dibujada (*incluyendo la Biblia, los registros y monumentos, además de documentos griegos y romanos*), la revolución de la agricultura, estando dedicada principalmente, a las mejoras técnicas que se incorporaban en función de favorecer la rentabilidad del momento.

Una serie de hitos entre el 2900 a. de C. y el 500 d. de C., nos descubre el desarrollo de productos agrícolas. Las uvas y el vino se mencionan en registros egipcios de la primera fecha, el comercio del aceite ya estaba generalizado en el área del Mediterráneo, así como el centeno y la avena se cultivaban en el Norte de Europa, conocidos alrededor del primer milenio a. de C. Los dátiles e higos, eran una importante fuente de azúcar, la manzana, la granada, el melocotón y la mora, que desde el primer momento se introducen en el Levante de España por sus propiedades de clima, agua y terreno, que se explica en las características de nuestra geografía ribereña (*La Huerta Antigua del Segura, Nausicaa, 2004*), circunscrita a nuestra Huerta. Al lino, algodón y seda, se daría acogida en época Feudal.

Nuevamente el perfeccionamiento de las herramientas y equipamiento, fue de especial importancia para la producción estable y necesaria en la pujante hegemonía del Imperio Romano. Las herramientas de metal eran más duraderas y eficaces,

viéndose el cultivo impulsado gracias a la incorporación de animales de tiro para el arado, equipado como mayor adelanto con una reja metálica. Igualmente en estos antiguos asentamientos, se sabe que la trilla se realizaba con la ayuda de animales, aunque evidentemente, la recogida, empaquetado y tamizado, seguían siendo manuales. Mejoraron los métodos de almacenamiento del aceite y el grano. Se construyeron graneros, cisternas secas, silos y recipientes de uno y otro tipo para preservar la cosecha que debía sustentar a la población de las ciudades. Nuevamente, este procedimiento de abastecimiento heredado, hay que situarlo, por primera vez, en Mesopotamia, puesto que sin su comercio, no habrían existido el Norte de India, Egipto y Roma. Ahora bien, hay que agradecer a Roma, su dedicación al campo de la ingeniería hidráulica, que aplicaría fundamentalmente en **Hispania**. De tal modo, que los sistemas de irrigación que se usaron en Egipto y Oriente Próximo, fueron motivo de mayor estudio matemático y aritmético, para conseguir llevar el agua a amplias superficies de tierra de cultivo; consiguiéndose su máximo apogeo en la época de **Vitrubio** (70 a. de C. 25 d. de C.), al confeccionar sus *«Diez Libros del Tratado sobre Arquitectura Hidráulica»*. Incorporaron las norias en los cauces; los molinos de viento para extraer agua de zonas de laguna; las aceñas; ceñiles y otros artilugios, desarrollados al final del período romano, que aumentó el control sobre las múltiples incertidumbres climáticas subyacentes en esta tierra. Aún se consiguió más, se introdujo el fertilizante en mayor parte estiércol de animales, que añadido a la rotación de cultivos, dejando tierras en barbecho, hicieron más productiva la agricultura.

Finalmente se constituyó, extendiéndose, la aldea típica romana, en las penínsulas Itálica e Ibérica, consistiendo en un núcleo de casas, junto a cauces de agua, rodeado de campos cultivados en forma tosca y compuestos por explotaciones privadas, pues según conocemos, Roma, comenzó como una sociedad rural de agricultores independientes, que obtuvo su mayor privilegio (*con un primitivo sistema de aparcería, heredado y vigente en muchas de sus contingencias hasta hace pocas fechas, conforme se describe en el libro «Usos y Costumbres en la Aparcería de la Provincia de Murcia» de D. Antonio Pérez Crespo*), con la cesión de propiedades agrícolas, cultivadas por mano de obra esclava, supervisada por capataces contratados por Cónsules ausentes, que emprendieron el sistema de la sociedad capitalista con el abastecimiento primordial a Ciudades del Imperio. Más tarde, al ir disminuyendo el número de esclavos, generalmente cautivos de guerra, iban siendo reemplazados por trabajadores en régimen de arrendamiento. La Villa romana típica de la era cristiana (S. IV d. de C.), formalizó el sistema en **«Heredamiento»**, transmitiéndolo a época Feudal, donde la figura del siervo estaba firmemente establecida; arrendatario y esclavo manumiso, ambos vinculados a la tierra, estaban obligados a trabajar con arreglo a un horario de luz, y pagando una proporción fija al propietario.

HUERTA FEUDAL

Aunque la Agricultura Feudal en Europa, y, en especial nuestra Península, comenzó con la caída del Imperio Romano, no fue hasta el S. XII, cuando alcanzaría su máximo esplendor. Este período fue testigo del desarrollo del Imperio Bizantino. Durante los más de siete siglos de dominación musulmana en España, la irrigación se amplió, con los mismos métodos, sistemas y organización legada, a tierras que antes eran improductivas o estériles. Se plantaron viñedos en terrenos de laderas en pendiente, y el agua para los riegos se traía desde las montañas hasta los llanos cultivados. Por sus condiciones de idoneidad, el árabe cultivó, en el Levante español, naranjas, limones y albaricoques. También produjo arroz, caña de azúcar, algodón y verduras entre las que destacan las alcachofas y las espinacas; además de azafrán una especie típica de la Vega de Murcia y Vega Baja, procedente de las regiones más orientales del Atlas. Se crió el gusano de seda, y su fuente de alimento, la morera, incrementó la plantación de millares de árboles.

De forma general, sólo tenemos que asomarnos a nuestra huerta para seguir contemplando todas las especies que proporcionaron los pueblos romano e islámico, que se conservan con gran tradición en nuestra Huerta.

La explotación Feudal en el Reino de Murcia, normalizada y regulada por el **Rey Sabio**, requería a grandes rasgos unas 800 hectáreas de suelo arable y una cantidad equivalente de otras tierras, como humedales, zonas de bosque y pastizales. Se trataba de una comunidad organizada típicamente autosuficiente. En ella se alzaba la mansión del Señor Feudal, un militar o vasallo de la Iglesia de alto rango, al que a veces se le otorgaba el título de Noble o de Administrador. Bajo la propiedad podían existir, una o más aldeas y sus habitantes eran vasallos como trabajadores de hecho, estando supervisados por la dirección de un capataz, cultivando la tierra y cuidando los animales de tiro, para después pagar impuestos en forma de servicios, bien como mano de obra forzosa en las tierras de su señor, o en forma de servicio militar obligatorio permanente para la guerra.

HUERTA CIENTÍFICA

Hemos llegado a nuestros días con la Agricultura Técnica y Científica, que comenzaría a lo largo del S. XVI, ante el asombroso aumento de la población en España. El descubrimiento de América, favoreció el hallazgo de nuevas especies vegetales que se incorporaron a la agricultura colonial, no solo para proveer de alimentos a los colonizadores, sino también para producir cosechas comerciales y suministrar el abastecimiento a las metrópolis. Azúcar, algodón, tabaco, papa, tomate y té, además del aporte de mano esclava, justificaron el enorme esfuerzo inversor en el Nuevo Mundo. Pero las civilizaciones descubiertas eran más avanzadas en la economía y desarrollo agrícola (aunque carecían de animales de tiro y desconocían la rueda),

por tanto, la nueva tecnología y sofisticación agrícola, se trasladó de inmediato a la Corona, que se encargó de implantarla y reconducirla en el cultivo español, sobre todo en aquellas zonas donde la huerta de regadío era rica y fructífera, como en Murcia. La revolución por la incorporación de los nuevos sistemas, beneficiaría el momento del Renacimiento y el Siglo de las Luces, favoreciendo la experimentación e investigación en la agricultura. El proceso de parcelación, o «enclosura», estimuló el ingenio con inventos notables, como la sembradora, trilladora, cultivadora, cortadoras de grano y hierba, rastrilladora, degranadora de maíz, etc. Es a partir del S. XIX, el uso de la máquina de vapor, en diversas actividades agrícolas y conserveras. Y finalmente el S. XX, estudió el campo de la química, para desarrollar productos biológicos, que empleó como fumigaciones, con la finalidad de combatir las plagas.

Actualmente, el dato estadístico de media comparativa, nos traslada a conocer los porcentajes de producción agrícola de Murcia, con respecto al resto de zonas semejantes. Es significativo que el 50% de la población de la Tierra se dedica a la agricultura. En el continente africano, la población activa dedicada al cultivo alcanza un 64%; en Estados Unidos y Canadá, el 4%, en Asia el 64% y América del Sur un 24%. En los territorios de nuestro entorno, la antigua Unión Soviética el 15%; en Europa occidental el 7%; en España se sitúa en el 31%; y en Murcia y la Vega Baja alcanza el 42%; lo que demuestra el peso específico, e importancia de nuestra agricultura, en términos económicos absolutos en el ámbito proporcional de aportación comercial mantenido en nuestro País; y por consiguiente, el desarrollo imprimado sobre los ingresos «*per capita*», sustentados en el cultivo intensivo, directamente proporcional al beneficio de la agricultura y su rentabilidad como beneficiosa fuente de divisas para España. La cualidad y calidad de una mercancía, ha etiquetado la economía de un País, y si por ejemplo, Sri Lanka, depende del Té; Dinamarca de los productos lácteos; y, Australia de la producción lanera; a España se la conoce fundamentalmente por sus frutas y hortalizas frescas y conservas, que a lo largo de la historia, ha tenido su principal y permanente foco de producción agrícola en las tierras de Murcia, y, por extensión, en otros puntos del Levante español y Valencia.

SUBSISTENCIA

El conjunto de medios necesarios para el sustento de la vida, ha sido la ocupación del 99% del devenir histórico de los seres humanos, como cazadores y recolectores de alimentos. Esta situación siempre ha estado sometida a la respuesta del entorno, que inversamente, además de alimentarle, le esclavizaba, bien al esmerado cuidado del medio ambiente, o a la futura limitación de la extinción de reproducción y regeneración del territorio. En cuanto al 1% restante, produjo cambios dinámicos que movilizaron la cultura revolucionaria agrícola.

Con carácter retroactivo, en términos de abastecimiento de víveres nos volvemos a acercar a la «*Era mesopotámica*», donde los humanos empezaron a percibir las

ventajas de organizar las familias en pequeños grupos sociales para subsistir, que tuvo como resultado el esfuerzo cooperativo de los individuos, con el nacimiento de los primeros sistemas rudimentarios de convivencia, obligados por una nueva forma de vida, constituida en el respeto inteligente de establecer normas precisas, para la organización social y gubernamental.

Milenios después, los hombres que se movilizaron con el estudio e investigación de la revolución agrícola, referido al indicado 1%, pasaron de ser cazadores recolectores, cambiando el umbral del nomadismo migratorio geográfico (sujetos a la extinción del suelo que ocupaban), por el acto de convertirse en productores de sus propios alimentos, como evolución y desarrollo de subsistencia.

La actividad de autosuficiencia, cultivando y criando con el conocimiento adquirido, les permitió experiencia para el aumento en la cantidad y fiabilidad del abastecimiento de víveres, liberándoles, en parte, de muertes por inanición, ante la escasez y desolación de la tierra por la que trashumaban; las enfermedades a las que se enfrentaban en los viajes, y fuerzas similares de extinción imprevisible.

Dejaron de ser trashumantes, y esta nueva forma de vida, exigió la expansión hacia la conquista y descubrimiento de lejanos horizontes por tierra y por mar. Y por mar, como se expuso, fenicios, griegos y romanos, llegaron a las costas del Mediterráneo Ibérico, donde, ante las magníficas virtudes de su clima, fertilidad y agua suficiente, para los pequeños núcleos que se asentaron, dejaron la huella de su herencia de cultivadores y ganaderos, del que muchas de sus tradiciones se han ido incorporando a las siguientes culturas, con pleno y digno apogeo. No obstante, la subsistencia se mantenía, debido a luchas, guerras e invasiones de aniquilación y saqueo, que se sufrían constantemente, ante los ambiciosos embates de los más belicosos.

Hubo en los territorios de influencia de Carthagonova y Lucentum, no cabe duda, periodos de tranquilidad y sosiego, donde los pueblos, construyeron ciudades, fortificaciones y comodidad. Ello permitió lugares defensivos donde concentrarse y crear núcleos organizados, dependientes principalmente de la tierra y el comercio. Tal es así, que la demografía aumentó considerablemente, en estas poblaciones que se nutrían principalmente de la huerta. Posteriormente, sin embargo, en este sentido, aún mejorando las condiciones de vida, quedaron pendientes de otras inclemencias, que posteriormente trataron de resolver, como la sequía y las inundaciones, que motivaron las plagas, en un interminable proceso destructor al extremo de la subsistencia, obligados nuevamente a reconvertirse mediante la incorporación de estructuras hidráulicas y de abastecimiento, extraídas de la Arquitectura diseñada por **Vitrubio Polión** y aplicadas por Roma, en las distintas ciudades que constituía o conquistaba. En las zonas de inexistencia fluvial, con cisternas, balsas y pozos, descritos en extensas investigaciones sobre Cartago Nova, por **D. Alejandro Egea Viváncos**. En las riberas de los ríos, con presas, cauces y artilugios, de los que

escribió magistralmente, **D. José María Gómez Espín**; máquinas de elevación de agua, que fueron un claro exponente del resurgimiento civilizador.

Los Profesores **D. Francisco Calvo García-Tornell**, y de **D. Ángel Luis Molina Molina**, convinieron en que la «*huerta en sus etapas históricas*» y las «*huertas del Segura en la Edad Media*», han estado sujetas por imponderables imperativos naturales a la subsistencia. Los recursos alimentarios crecieron de forma notable, pero la población humana se multiplicó con desproporción desbordante. En el S. XVIII, **Thomas Robert Malthus**, estudió este fenómeno que se venía sucediendo cíclicamente, durante periodos estables de las anteriores civilizaciones asentadas en Europa, llegando a la conclusión que: «... *la población, en ausencia de cortapisas, epidemias, guerras y calamidades, crece en proporción geométrica, al contrario que los medios de subsistencia, que lo hacen tan solo en progresión aritmética; por tanto la subsistencia, durante siglos, ha comprometido duramente la supervivencia de los seres más débiles de las sociedades jerarquizadas*». Con difícil solución, sugería corregir este desequilibrio, proclamando un retraso de la edad de casarse, con la finalidad de reducir el volumen de las familias; *doctrina económica pesimista* que, le valió al autor clásico, la denominación de «*ciencia lúgubre*».

Los niveles de vida jerarquizada para el trabajo que existió en la huerta durante los últimos cinco siglos, determinaba lo que ahora en macroeconomía se denomina: «*salario de subsistencia*». Garantizado con nimiedad, de manera patrilineal, ejercía potestad en todos los ámbitos laborales, incluyendo el asegurarse la transmisión de autoridad, y, la herencia por descendencia masculina. Lamentablemente, el hecho de la inferioridad del vasallo, gravó su ya frágil existencia, y aunque esta etapa de marginación se superó, atendiendo factores de necesidad de mano de obra, la propiedad privada, originó la aportación de formas sociales más complejas, en las que la actividad económica de subsistencia, volvía a depender del deseo paternal de elegir albacea descendiente, al defenderse la esencia de permitir que los individuos intentaran alcanzar su propio bienestar como medio de aumentar la prosperidad de toda la sociedad.

La inclusión de la ciencia social que estudia los procesos de producción, distribución, comercialización y consumo de bienes y servicios en el ámbito de la producción agrícola, libera el oportunismo del huertano, quien pese a un sacrificado puesto, subsistente del Hacendado, consigue avanzar con austera capacidad de independencia, hasta obtener sus propios recursos con los que abastecerse.

Pero el huertano resultante, de toda la Vega del Río Segura, en el tramo comprendido entre la Contraparada o Presa del Azud, hasta Guardamar, una vez, conseguida su independencia, se enfrenta a otra secuencia de subsistencia: «*el tercer tipo de agricultura*». Este sistema trata de que el nuevo huertano autónomo por aparcería, doblegue a productivas, las tierras arrendadas, con baja aportación externa y situadas en lugares semidesérticos, o en tierras altas porque las buenas ya estaban ocupadas por el Señor, el Hacendado o la Iglesia. Áreas de cultivo complejo y diverso; el

rendimiento de las cosechas ínfimo; las explotaciones muy alejadas de los mercados, e innumerables inconvenientes, sumergen en el caos el intento de subsistencia, volviéndose su dependencia, otra vez, a la insuficiente producción agrícola propia, o de los recursos silvestres de generación espontánea del pasado.

Llegado el S. XIX, aquellos descendientes que superaron los condicionantes de la autarquía arrendataria, penetraron por la vía de la modernización y revolución agrícola del entorno rural y huertano. Si durante siglos anteriores, la agricultura se había basado en un número reducido de especies vegetales y animales, donde el agricultor de subsistencia, apenas podía sobrevivir, a partir de este momento, se incrementan las variedades locales, donde las ventajas prácticas reales quedan aseguradas frente al riesgo de perder toda la cosecha de una misma especie. Más aún, a medida que los hábitats naturales se han visto desplazados por otros usos de suelo, con la consiguiente destrucción de formas silvestres de plantas cultivadas, que eran necesarias con fines de selección, y a medida que los modernos sistemas de cultivo intensivo se han ido concentrando en un número muy reducido de variedades comerciales, se hace más urgente la necesidad de identificar y conservar los recursos genéticos vegetales y animales. Este vacío lo aprovecha el agricultor de subsistencia, que invierte tiempo en clasificar y evaluar especies, agrupar géneros de plantas, familias en órdenes, y así sucesivamente hasta el nivel más elevado del reino vegetal.

Esta agricultura de subsistencia, con «*Patrón de Asentamiento*», modelo de residencia y actividades agrícolas que hace referencia espacial de las barracas y lugares conexos, dentro del territorio útil, en nuestra franja de influencia del Río Segura, caracterizada por tener a lo largo del tiempo altas tasas de arrendamiento, infinidad de pequeñas parcelas, medidas por unidades de superficie de *tahulla con 1.117'97 m².*, en los llanos aluviales ribereños, ayudó a estabilizar las cosechas anuales e incrementar significativamente la producción total.

La consecuencia de las explotaciones individuales de subsistencia milenaria, posteriormente la colectiva, finalizando con la evolucionada, se ha visto obligada a reconocer el sentido de las palabras y su significación, sin desprenderse del origen por la que se usa; en especial y específicamente aquellas que definen el proceso de la labranza, el cultivo, la plantación de semilla y la recolección, con elementos y herramientas antiquísimas, que muchas de ellas todavía son utilizadas; abriendo un marco de homenaje y recuerdo a este proceso reflexivo, encarnado en la semántica y etimología.

Hemos viajado en la línea del tiempo, para constatar un hecho irrenunciable implícito a nuestra forma de vida, a nuestros ancestros, al proceso continuado del oficio de la agricultura, desde que el pueblo de Fenicia, digno heredero del mesopotámico, llegara a nuestras costas, para establecer, no solo el sistema marítimo comercial, también el asentamiento de una cultura de subsistencia, centrada en el estudiado y meticoloso cultivo de la tierra, transmitido de padres a hijos, desde aquel

instante, allá por el milenio X. a. de C., cuando comenzaría el Creciente Fértil entre el Éufrates y el Tígris.

INTERDISCIPLINA EN LA FILOSOFÍA

Y mientras transcurría la historia de la agricultura, los hombres tuvieron que entenderse y familiarizarse con los elementos que se empleaban para ayudarse en las faenas del cultivo de la tierra. Era toda aquella herramienta necesaria de utilizar, como instrumento de labor, que denominarían apero, aparejo de labranza, o utensilio de uso manual y frecuente. Este sujeto, dio lugar a la rama filosófica de la lingüística entre trabajadores con el mismo oficio o actividad, que tenía por finalidad establecer el origen y evolución de las palabras, en comparación con otras análogas próximas.

Uniendo el prefijo «*filo*»: *amante*, y el sufijo «*sofia*»: *ciencia*, nos proporciona la palabra *filosofía*, termino derivado del griego, que significa, amante de la ciencia, o, amor por la sabiduría. No podemos tratar la etimología y la semántica, sin previamente comentar los rasgos generales de la filosofía. El concepto clásico de la definición traducida, tan simple y tan sencilla: «*amor por la sabiduría*», convierte a la filosofía en una interminable tensión del intelecto, permaneciendo compulsivo, en la constante búsqueda del verdadero conocimiento por la realidad transferida. Sin duda, se podría ofrecer una descripción de la filosofía, resultando ser el conocimiento racional «*totalizante*», pero también es una forma de entendimiento que pretende ofrecer explicaciones de los temas que analiza, empleando la facultad de discurrir como argumento de convicción. Además, entrega respuestas a cuestiones de tipo general con especial atención a su perspectiva; al propio tiempo que, concluye en un saber crítico, escudriñando los fundamentos con meticulosidad hasta límites insospechados, observando detenidamente los datos y contribuciones de las ciencias, que son siempre un conocimiento de primer grado sobre la realidad, aportación que ha sido imprescindible para el avance y desarrollo de la Humanidad.

En el caso que nos ocupa, puesto que se trata de nominar objetos y utensilios agrícolas, de diferentes fondos extraídos de las entrañas de la huerta, mediante la investigación que nos proporciona el nombre por el que se le conoce, aunque primitivamente fue un sonido determinado, otorgado por convención a la fonética, ha tenido que utilizarse y aplicarse la filosofía contemporánea, quien atraída por el origen de los nombres, ha dedicado una especial atención a este aspecto.

El alemán, **Edmund Husserl**, iniciador de la «fenomenología» como ideología, a finales del S. XIX, e influyente protagonista en la obra del francés, **Jean Paul Sartre**, y el existencialismo, distinguió entre «nombrar» y «enunciar».

Gottlob Frege, también germano, fundador de la lógica matemática moderna, indicó que: «*los nombres propios tienen un sentido y designan una referencia*»;

inaugurando con esta frase un análisis a debate, que tiene gran influencia en la lógica y filosofía actuales.

Premio Nóbel e inglés, aunque galés de nacimiento, **Bertrand Russell**, en sentido distinto, señaló que la significación de los nombres (excepto los propios), esta compuesta por el objeto que estos nombra.

Aunque las citas serían interminables, para finalizar, decir que el austriaco **Ludwig Wittgenstein**, influyente mentor sobre las teorías del positivismo, afirmo, junto a **Kripke**, que nombrar algo equivale a fijar la referencia de aquello que se nombre; al propio tiempo que, reconocía lo expuesto por su maestro, **Russell**, en el ámbito de la composición física, que encierra el objeto nombrado.

Y si un nombre concibe la lógica, ética y estética, como análisis del origen estructura y alcance del conocimiento, se encuadra en la genética de la filosofía, cuyos apoyos y respaldo se encuentran sujeto al campo de la aplicación de la etimología y la semántica.

ETIMOLOGÍA PREFIJA Y SUFIJA

Aún siendo latino, fueron los griegos, quienes por primera vez, usaron como término filosófico: «*Etimología*», compuesto por «*etymos*», que significa: *verdadero*; y, «*logos*»: palabra; a su vez, íntimamente relacionada con la «*Filología*», puesto que antes de la formulación de las leyes fonéticas, no existía otra posibilidad de estudiar el significado y la evolución de la lengua, fuera de este enfoque estrictamente filológico.

Pero para comprender el origen de las palabras que fueron designadas, para nombrar un objeto destinado a la agricultura, conviene explicar el referente de su razón, centrado en algo tan complejo, y a la vez tan evidente, como fue el empleo de la etimología.

Habría que superar el «*estoicismo*», que entendió que las palabras tenían una existencia independiente, como algo contrapuesto a los objetos y las ideas abstractas, para darse cuenta, previo análisis de las condiciones de consideración, que se trataba de convenciones de voz inventadas por los seres humanos. No obstante, anteriormente de que existiera la escuela estoica, **Platón** había empleado un método análogo al de la etimología moderna del diálogo de «*Cratilo*», donde defendía, buscando el significado de las palabras, que ya fueran analizadas por **Sócrates**, en desobediencia a las Leyes del Estado, acusado por ello de apología de ateísmo y corrupción de la juventud ateniense. Sin embargo, quizá sea el libro anónimo hindú del S. V. a. de C., «*Rig-Veda*», el primer tratado calificado de etimológico, compuesto para explicar las palabras difíciles.

En el devenir de la historia de las palabras, algunos intentos iniciales pecaron de ingenuidad, quedando alejados de la evolución fonética, encasillados en la etimología popular. Pero quienes trataron la materia con rigor y seriedad, analizando

la interpretación de alguna palabra no muy conocida, optaron por acudir a palabras que se parecían en sonido, forma o significado. Un ejemplo reciente lo encontramos en el inglés antiguo con la palabra «country dance»: que significa baile popular; esta a su vez se deriva de la forma francesa «*contridansé*», donde el primer elemento del compuesto «*country*», pasa a ser «*contri*», y como se parece al prefijo del latín «*contra*», presente en muchas palabras del francés y demás lenguas románicas, se convierte en «*contradansé*», de donde procede la palabra española correctamente interpretada: «*contradanza*», que no es otro significado que, baile de figuras que ejecutan varias parejas a un tiempo.

A principio del S. XIX, los investigadores que estudiaron el sánscrito, se dieron cuenta de las concomitancias léxicas de pronunciación, presentes en los propios lenguajes, griego y latín, en relación con la antigüedad del primero, y al mismo tiempo aparentemente alejado. Extendieron tal comparación a otras lenguas, y ello llevó a establecer la existencia de una lengua común a todas ellas, cuya fusión concordante, estaría definida como indoeuropeo.

El siguiente paso, descubrió ciertos principios explicativos del cambio sónico, formulando las leyes fonéticas, que permitieron prestar palabras entre idiomas, sin alteración aparente, al introducirse en la lengua por vía culta. Efecto que recibió la denominación de «*cultismo*», por los estudiosos franceses. No obstante se observa a lo largo del proceso de investigación, como por eruditos poco respetuosos con la etimología, se admite confusionismo en palabras clave, que finalmente perdiendo su significado y forma originarias, se incluyen y consolidan en la lengua. Como ejemplo pondremos la palabra de origen griego «*necromantia*», que significa: *culto a los muertos*. Pues bien, al traducirla la relacionan con la «*nigra mantia*»: *magia negra*, transgrediendo «*necro*»: *muerto* y «*nigro*»: *negro*, se termina por ver en el culto a los muertos, algo relativo a la magia. Lo cierto es que empezaron a pronunciarla «*nigromancia*», y así quedó en la lengua perdiendo su significado y forma originales. Esta dualidad, exigió que el Diccionario de la Real Academia Española, recogieran ambas palabras, «*nigromancia*» y «*necromancia*», aclarando la definición de su significado: como *magia negra* o *arte supersticioso* para adivinar el futuro, lejos de aquella otra, para la que fue creada, que se refería al culto a los muertos. Por el contrario, la corrección oral se hace merecedora de dignidad, cuando palabras como la griega «*apoteka*», que perdiendo la «*a*» inicial, deriva en el castellano antiguo como: *bodega*; y siglos después la misma palabra, pero recogida del griego moderno «*apotika*», vuelve a entrar en las lenguas románicas, como lo atestigua la conservación de la sílaba «*ti*», y evoluciona en español, con su traducción real que es: *botica*.

Diversos estudios establecieron los principios básicos y la metodología, para reconocer la etimología de una palabra, es decir, su étimo. Manteniendo las pautas ajustadas a los criterios científicos, cuyas condiciones, por su amplitud se evita enumerar, perseguiría identificar el proceso denominador de la serie de utensilios y aperos de la huerta desde el punto de vista etimológico.

SEMÁNTICA Y PERSPECTIVA

Del griego «*semantikos*», aduciendo «*a lo que tiene significado*» la semántica estudia los signos lingüísticos, en el campo de las palabras, expresiones y oraciones. Trata de responder, explicando la formación de una idea, dirigida a definir un concepto físico o anímico, mediante un signo que se deletrea. Diremos que es la parte de la lingüística que estudia la significación de las palabras, sometándose a dos condiciones de conjunto, independientes y subjetivas, pero a la vez subalternas de una interlocución. Dos entendimientos que se tienen que comprender, que corresponden, al hablante y al oyente. Pero bien canalizado, objeta lo que quiere designar quien pronuncia, y que entiende el que escucha.

Podemos verla desde su régimen filosófico asentado en el «*conductismo*», que se centra en el proceso que establece la significación, y como se relaciona dentro del sistema lingüístico interesado en el ámbito de lo que la gente hace y dice. Al ser enfoques diferentes, tiene aplicaciones específicas, que se podrían relacionar de la siguiente forma:

a) En función de la semántica descriptiva, la antropología, estudia lo que entiende un pueblo por importante desde el punto de vista cultural.

b) En el campo de la *sicología*, sustentada por la teórica, atiende el proceso mental suponiendo la intención, para identificar la adquisición de la voz de un mensaje.

Existen especies animales que son capaces de emitir sonidos ininteligibles para nuestra razón, pero comprensibles como sistema de supervivencia.

Por ello entendiendo la semántica general, como método de crítica literaria elitista, que permite distinguirla de la popular, puede intuir la descripción de como se produce la traslación de una metáfora, que en definitiva, pretende evocar sentimientos y actitudes.

En 1910, el eminente metafísico británico, **Alfred North Whitehead**, provocador de la revolución de la «*epistemología*», disciplina filosófica que analiza los principios materiales del conocimiento humano, en colaboración con **Russell**, publicaron la «*Principia Matemática*», con la que avanzaba la perspectiva filosófica analítica. Influyente pensamiento que ejerció en el **Círculo de Viena**, consideraciones de gran valor para el «*positivismo*».

Y fue el filósofo alemán **Rudolf Carnap**, destacado miembro del movimiento conocido por «*empirismo*», irreconocible elemento del asumido conocimiento, que no procedía de la reflexión o sensación, interna y externa, quien realizó su más importante contribución a la semántica filosófica, cuando desarrolló la «*lógica simbólica*», o lo que es igual, el sistema formal que analiza los signos y lo que designan los mismos.

Por ello, la *antropología*, que acertadamente hemos llamado *etnolingüística*, se sirve de la semántica para determinar como expresan los signos de una lengua las percepciones y creencias del pueblo que las habla; aunque técnicamente al crearse la

unidad propia en el vocabulario, se denomine lexema. El antropólogo francés, **Paul Rivet**, *Director del Museo del Hombre de París*, y principal defensor del enfoque «*estructuralista*», teoría que considera a la lengua, como un conjunto de actuaciones distribuidas, aplicó la hipótesis de los rasgos semánticos universales para analizar los sistemas de *mito* y *parentesco* de varias culturas, demostrando que los pueblos organizan sus sociedades e interpretan sus jerarquías, de acuerdo con ciertas reglas de semejanza humanística, a pesar de las aparentes diferencias que muestran.

Para ultimar este capítulo, debemos remitirnos a lo que nos indica el británico más representativo de la filosofía analítica del S. XX, **John Langshaw Austín**, afirmando que: «*cuando una persona expresa lo que desea, realiza un acto de voz, o decide algo, ya sea enunciar, predecir o avisar, su significado se transmite mediante el habla, a través del lenguaje organizado*».

APLICACIÓN SEMÁNTICA Y ETIMOLÓGICA

Siguiendo estas normas de semántica y etimología, convendremos en la fácil fiabilidad que nos proporciona esta filosofía, para el estudio e investigación realizado en función de los objetos, aperos, utensilios, muebles y ajuares, que han constituido la forma de vida de nuestros antepasados de la huerta, consistiendo en descifrar cada elemento, por su voz, por su palabra, por su nombre. Convencidos de acudir a la nostalgia de su definición como causante de una época antañona, llena de curiosidades y anécdotas, historias animadas de un momento pasado, solo equiparable a la satisfacción de ejercer la función de descubridor, del secreto que encierra el enigma material que se investiga.

Palabras que hay que analizar, en el esquema cálido de la semántica y la etimología, que como apunta **Manuel Alvar**, hay que señalar con el esmero característico que cada pieza merece, como joya que entraña su propia vida, en una sintonía de voces que resuenan en los sillares de la cultura rancia y señera de nuestra huerta.

La misión en este trance, es recopilar un pequeño muestrario que queda patente en el aire que transporta el argumento de su eficacia en el sitio de uso práctico sujeto a la forma de «*subsistencia*», *o sea, cuando el espacio, dispone del conjunto de medios necesarios para el sustento de la vida humana; nunca de «supervivencia», que supone sobrevivir en el lugar de un medio hostil, desprendido de algo que tenía, y ya es inexistente*. Desde esta perspectiva, animado por el alma y la razón que sustenta este trabajo, la catalogación específica de cada pieza en el conjunto de medios con que contó el huertano, se extrae radiografiando las voces precisas que, todavía laten en las entrañas de sus más íntimos ancestros, revitalizando el criterio de su auténtica reminiscencia; porque con este recuerdo, se impide la caducidad de los nombres o denominaciones que recibieron en su momento de creación, retomando el hábito de paganía que reconstruye la misma vida que se nos escapa irremediablemente a cada segundo que pasa.

Esta concepción semántica y etimológica para descifrar el mensaje antropológico del nombre impuesto a cada objeto, a cada cosa, es el instrumento o herramienta que nos faculta para determinar el valor empírico de cada investigación. Su origen y procedencia, unido a su significación, nos ayuda a comprender mejor esta parcela de la historia legada, todavía exenta de atenciones científicas, pero que nos remite a la búsqueda de la raíz, su voz, su sentido clásico que encubre su mayor gloria, como soplo de brisa en la epopeya dantesca, inspirada en la posibilidad del trazo moldeador que exigió la pieza.

No es cometido este, describir en su cuanta amplitud atañe al significado de las «*palabras*». Pero sería tarea fácil, con el sólo echo de aplicar la *semántica*, partiendo del signo conducente, por lógica, a la determinación del concepto; y, la *etimología*, profiriendo un estudio sobre la disciplina lingüística analizando el origen de las mismas. Evidentemente, puesto que el infinito de la deducción sería imposible de abordar, el trabajo a desarrollar nos permitiría sintetizar la tangible realidad artificial de aquellas piezas construidas para ser utilizadas y manejadas con fines de ayuda práctica en la agricultura y el cultivo: *Los aperos de labranza*.

La materia inerte es fría, sin vida, hacerla cálida y aterciopelada, es tarea del escultor. Cada individuo que se atrevió a esculpir el relieve de un elemento para la huerta se convirtió en artista. Y fue la talla desde la Prehistoria, paradigma de la evolución de la técnica; cortando, retirando, limando o extrayendo lo sobrante del material, hasta conseguir la forma deseada. Parecerá una labor sencilla, pero la complejidad a la que se enfrentaba el autor, requería a su vez la disposición de herramientas, que previamente había que elaborar para la realización de lo propuesto. Hachas, cinceles, gubias, cuchillas y un sinnúmero innumerable de elementos auxiliares, con sonido y fonética propia, eran necesarios para cualquier fabricación.

Terminado el objeto, tras arduo esfuerzo, la sensación de cualidad virtual adoptaba un postulado familiar que lo convertía en parte integrante del oficio; arte y parte integrante, cual compañero inseparable, que debería ejercer las funciones para lo que fue creado en el cultivo de la huerta.

Hay que acogerse a la voz de la canción de cuna y del aliento en flor, para seguir el curso del agua y de la azada, donde después de mucho batir el mar hasta tumultuosas tempestades, surgen el sol y la luna del océano, seguidos por **Dhanvantarí**, el físico de los dioses, que porta el elixir de la inmortalidad, entregándola a los «*Devas*», para vencer a los demoníacos «*Asuras*». Y en la eternidad de la voz de una pieza, se presiente el roce de las hojas como murmullo de menudencia exquisita, citando el embrujo que el cavador asume al servirse de la añeja azada; del legón; de la picaza; del galápago o arpía; de la llamadera; del mazo de desmenuzar; del gancho; de la pala; de la horca de basura; de la sembradera; de la trailla; del trillo de pedernal; del horcón de la paja; del arado; y de tantos y tantos elementos que sería interminable enumerar.

Ante lo expuesto, decir que ha sido el objetivo primordial, explicar ese origen y significación de estos elementos antiquísimos, que durante milenios se han usado en la huerta, y que por sus condiciones semánticas y etimológicas son dignos de enunciar y descomponer, y para ello, por la extensa relación a los que habría que referirse, haciendo interminable este artículo de colaboración, nos centraremos en tres piezas fundamentales, que son dignas del mayor crédito y honorabilidad, además de una síntesis de otras estudiadas, como elemento deductivo analítico de aplicación semántica y etimológica en la composición de un nombre aplicado a cualquier pieza o utensilio de aperos de labranza, contribuyente al mantenimiento y conservación de la real y evidente huerta de subsistencia.

EL ARADO

Puesto que se considera el instrumento emblemático del trabajo agrícola, con nombre propio por antonomasia, lo utilizaremos como ejemplo para buscar en la palabra que lo define, su parte proporcional de etimología y semántica.

Bien, pues para explicar la palabra «arado», el sentido de orientación, ha invocado el justo estudio del origen del instrumento, a través de la investigación antropológica.

Comenzaremos por la distinción etimológica. Podría habersele denominado «surcador», ya que abre surcos en el suelo. También «removedor», atendiendo su función de remover la tierra. Incluso variables fundiendo ambos conceptos.

Pero aquí, cada palabra, en parte, ha tenido su origen, debido a la acústica auditiva percibida por el interlocutor. La evolución de la misma, posteriormente, ha tenido la influencia de una disciplina lingüística, que concluiría con la gramática establecida por cada lengua, escrita y leída. A tal efecto, el hombre, se identifica en el tiempo, todavía a la fecha de hoy, con el termino de «arado», una palabra que al inicio fue un ruido producido por su laborar. Para entenderlo, solo remitirse a oírlo, todavía en algunos pocos lugares de pequeñas huertas a extinguir, el roce que produce la punta afilada del timón, que se introduce en la tierra rascando y removiendo, nos demostrará una afinidad de sonido, con la palabra actual de «arrastrar». Evolucionamos, sin duda, paralelamente con el uso de este elemento, desde el primer instante que fue incorporado al cultivo. Sabiduría que ofrece la ciencia de la propia experiencia popular, detectando y conociendo que la tierra antes de sembrarla, debía ser labrada, como a priori se utilizó en la Prehistoria con una rama de árbol en forma de horquilla, cuyo extremo más alargado, se emplearía como mango o sujeción, y el otro, para llevar a cabo el oficio de cavar, levantando, moviendo y profundizando la tierra.

La inteligencia desbordante del ser que inventó el instrumento, que se ataba a la persona para «empujarse», pronto descubrió que, mejor era su «arrastre» con la ayuda de animales de tiro adiestrados.

Por ello, finalmente, la lógica contempla la evolución de la palabra, y que, analizaremos su significación hasta derivar en «arado», entendiendo el hecho de que la labor del hombre es «empujar», nunca «arrastrar», que es esfuerzo del animal, y adicionando que la fonética del sonido escuchado, coincide con «arrastrar», dando lugar a un proceso posterior, la semántica.

Siendo antiguo como la agricultura, el arado, tiene su máximo exponente en época romana, y, pese a que no han llegado signos de anteriores culturas, con precedente de uso, resulta convincente entender su práctica. Es cierto que la agricultura o cultivo de plantas recolectoras, supuso la revolución neolítica, aunque apenas evolucionó en los diez milenios a. de C. Es a partir de la civilización romana, con la implantación de artilugios hidráulicos de probada rentabilidad para la irrigación de tierras, con ruedas incorporando cangilones, consiguieron dominar el control de los cultivos, sobre las múltiples incertidumbres climáticas, cuando se inicia el fundamento del cultivo en serie. Si a ello le sumamos, la introducción de fertilizantes, especialmente estiércol de animales, y la rotación de cultivos dejando tierras en barbecho, resulta prodigioso observar el grado de perfección alcanzado en aras de una agricultura sumamente productiva y organizada.

Ahora sabemos, que es en esta época clásica, cuando mayor profusión de datos se almacenan, sobre la base de la definitiva conquista de una actividad indispensable para el género humano. Una civilización de tan alto concepto social, debía imponer definiciones claras y contundentes. De ahí, que a cada herramienta, al igual que a la descomposición de sus elementos, se le aplicara su nombre, bien recogiendo el signo o pronunciamiento de sonido de la cultura que lo utilizó, o creando el que le correspondiera por estimación de axioma.

Ante lo cual, la evidencia, entiende como justo, que la palabra «Arado», no necesita proposición de demostración, que la encuadre en un exhaustivo estudio semántico. Proviene del latín «arare», aunque su término primitivo convenía al prefijo «aratru», o arrastrar, que nos resuelve una significación como la que se alude, referida a un concepto antiquísimo, en función de un sonido, trasladado a la fonética, cuyos primeros usos procedan presumiblemente de la Prehistoria.

Plinio, nos da referencias, al indicar que los utilizaban los esclavos en tierras del señor, como dueño del lugar y vasallaje. Es un monumento digno de estudio que nos empuja al conocimiento de surcar la superficie, como primitiva manera de romper el suelo. La geografía levantina, entre **Cartagonova** y **Lucentum**, ha estado plagada durante siglos de esta máquina, que adosada a un animal de tiro, permitía remover los terrenos en barbecho o prepararlos para la siembra. Tan importante instrumento, goza de una serie de componentes, que sería prolijo acometer semánticamente, como el timón, cameta, dental, reja, venilla, estelo o macera, tarcón o pescuño, y ovejeras, pero que nos da una idea de la compleja vertebración lingüística dedicada a la materia.

El proceso de metodología utilizada, en descifrar el sentido etimológico y semántico de la palabra «arado», es un ejemplo vivo de la forma y modo de interpretar

un elemento, desde el punto de vista del origen de la palabra y bajo un sentido de disciplina. Su aspecto de pertenencia a una significación, parte del signo para concebir el pensamiento.

Este ejemplo que ha sido más extenso, demuestra que, conocidos los pasos a seguir se simplifica el contenido pedagógico, dando valor exclusivamente, a los datos más elementales de cada herramienta que se cite.

AZADA

El inicio de un proceso agrícola, se basa en desbrozar y cavar la tierra que se encuentra endurecida, con la azada. Si ha sido ampliamente explotada, aflorará la salinidad y en este caso, deberá de fertilizarse, preferiblemente con abono procedente de estiércol; debiendo removerse para conseguir mejorar la calidad de la zona de cultivo.

La singularidad del hombre como protagonista de la tierra es la de ser cavador con azada, en el amplio término de la palabra, ejercicio fundamental del labrador. Su imagen se encuentra implícitamente vinculada a un astil de unos ochenta centímetros, en cuyo extremo más alejado de la empuñadura se inserta una lámina metálica plana de veinte a veinticinco centímetros, y uno de espesor, que servirá para contactar con el suelo, proyectando el modelado de la tierra a criterio de quien lo maneja. El ángulo entre la pala o lámina y el astil es de unos ochenta grados.

Es misión de este instrumento el acometer el acaballonado, o caballón; lomo de tierra que se debe originar entre dos surcos preparados para contener el agua mediante inundación de riego, posteriormente a la siembra. También se emplea para efectuar un realce en la división de parcelas o eras. Este oficio suele ser a chorrillo o a golpes de azada, que como **Sebastián de Covarrubias**, expresa en su *«Tesoro ...»*, se refiere al cavador como concepto de: *«Hacer hoyos en la tierra, ahuecarla. Del verbo latino «cavo, as ...»*, sin duda retomando el origen árabe de la palabra «cavar» que, conlleva el hecho de sepultar los cuerpos, enterrar.

Simbología de la palabra, que es instrumento fundamental, junto a una familia de piezas semejantes, como el legón o la picaza, que quedan patentes en el trabajo de golpear de distinta forma la tierra, para crear una huella de acción diferente.

La palabra, proviene del latín vulgar «*asciata&larr, ascia*», también significando hacha o azadón.

GALÁPAGO O ARPÍA

Investigada la utilización concreta que presta, tras realizar diversas consultas y extraer opiniones variadas en distintos puntos a lo largo y ancho de lo que conocemos por huerta tradicional, se puede decir que se ha tenido que recurrir a labriegos y viejos agricultores del lugar, para obtener una información lo más apropiada posible.

La conclusión de la encuesta, supone reconocer al «galápago» o «arpía», como una herramienta de la familia de la azada. Se trata de una especie singular de astil, con análoga longitud a su pariente de labor, empotrado en un nudo de hierro, que a su vez tiene soldada una herradura de dientes más largos que la propia que se clava a las plantas de las pezuñas de los équidos; teniendo por misión realizar la función de un doble pico paralelo, solo que en vez de disponer de puntas agudas, dispone de puntas planas, de unos 25 centímetros de largas, 3 de ancho y 1 de grosor; cuya finalidad es provocar golpes en suelo duros, que ofrecen gran resistencia a ser penetrados por la labranza. El ángulo entre el astil y el doble pico es de 90°.

Su unión al astil es de forma ovalada y pudiera representar la figura semiformal externa de una tortuga, quizá por ello, pudiera entenderse el nombre que en la huerta le han designado, refiriéndose a galápago, probablemente porque una voz prerrománica la denominó «calappacu».

Arpia, del griego «Harpiya», tiene su sentido más estricto, al significar que la herramienta es de buena familia, pero un monstruo, con rostro de doncella y dos cabezas de ave de rapina.

SINTETIZANDO OTRAS PIEZAS

Y, en esta misma progresión, hemos estudiado los nombres de infinidad de elementos de la huerta que atestiguan esta semántica etimológica de subsistencia, como: la «Llamadera» procedente de «*aculeata, aculeu*» (aguijón, o sentido latino que de «*clamare*» es una llamada de atención para dirigir a las bestias); el «Mazo», en latín «*mattea*», arma de guerra (en la huerta para machacar tormos); «*horquilla o gancho*», del latín «*pedum*» y del celta «*ganskio*» (curvatura con puntas afiladas a un mango para elevar paja, cereales o semejantes); «*Pala*», ejemplo inmóvil en el tiempo, en latín «*pala*», (plana, chata, para mondar); «*Trailla o trajilla*», del latín «*tragella, tragula, trahere*» (llevar hacia sí, repartir la tierra); «*Trillo*», del latín «*tribulu*» y «*petrinus, petrinus, petreo*» (triturar apisonando; desgajar el trigo y la cebada, para extraer el grano de la paja); y de esta manera, seguiríamos indefinidamente aplicando la evolución de la palabra, describiendo a cientos de herramientas que posibilitarían la organización de un entendimiento en las civilizaciones de aculturación agrícola, indispensable para el desarrollo acaecido, y, fórmula generadora de subsistencia hasta nuestros días.

CONCLUSIONES

Sin todos estos elementos articulados, implicados en la evolución de la especie con precisa armonía y sutileza de primera magnitud y orden en el cosmos establecido del oficio profesionalizado de agricultor, no se habría avanzado hacia la tarea científica industrializada.

Mesopotamia cuna de la civilización, entre los ríos Éufrates y Tigris, donde el hombre hace más de siete mil años, ya irrigaba los campos gracias a canales medidos con mucha precisión; utilizaban el bronce y herramientas de piedra pulida; elaboraban tejidos y alfarería; construían templos, palacios y viajaban en carros con ruedas e iniciadores de la navegación, de la que fueron magníficos marinos; asumiendo su convivencia regulada por correctas leyes escritas, irradió sobre el mediterráneo su influencia milenaria, que a través de otros pueblos las incorporaron por nuestras costas, para convertir especialmente a esta Vega del Río Segura, en unos jardines babilónicos, mencionados por romanos y árabes, y comparándola, con latitudes agrícolas excepcionales, como la del Valle del Nilo egipcio.

Terruño que inspira fragancias de melancolía juvenil, repleto de imágenes místicas en un conglomerado de vicisitudes arcaicas, donde la Arcadia, nos impregnó de su sapiencia y riqueza intelectual, que sobradamente enarbolamos orgullosos como descendientes del mundo clásico y próspero por definición.

La *fonética* traducida a la palabra, partiendo del signo que determina el concepto, concluyó con la disciplina lingüística y gramatical, que aportada al origen de las mismas para evitar confucionismo, quedó involucrada en el progreso hasta límites insospechados. Sin esta aplicación habría sido imposible el avance y consolidación de unas aspiraciones, que han demostrado la más alta dignificación y prestigio de las letras al amparo de la filosofía.

Que la semántica y etimología, han jugado un papel fundamental en la existencia de los seres que poblaron nuestro territorio está justamente probado, puesto que la denominación del conjunto de medios necesarios en la agricultura para la subsistencia de vida, permitió el sustento y su continuidad en la historia, conocida hoy por Huerta de Murcia, expandida a todos los rincones geográficos de la Región.



